

## Dhanyabad Nepal - Gracias Nepal

La tarde antes de volver a España, sentado en una de las mesas grandes del jardín del Katmandú Guest House mientras comía unos momos, recordé que Alfonso me pidió que escribiera mis impresiones del viaje en apenas un folio.

¿Cómo podría resumir vivencias tan intensas en una sola hoja?; ¿Cómo transmitir la emoción de esas inmensas montañas en tan poco espacio? Y sobre todo, ¿Cómo explicar a los que no han estado allí, como sonrían los chavales de estos pueblos? Esto último será imposible.

Cada viaje tiene su propia excusa para hacerlo. La de este, era conocer a través de la montaña, esta pequeña parte del Nepal, tan cercana al famoso y archicaminado Parque Natural del Langtang y a la vez tan olvidada por casi todos.

Tan solo a unos pocos kilómetros de los abarrotados caminos del Langtang, aparecen Gatlang, Goljung, Cilime, Thuman, Syu, Chauattar. Estos son los pueblos donde Málaga en Nepal, trata de poner su grano de arena para mejorar las condiciones de vida de los chavales que viven allí.

La primera semana, subiendo desde el maravilloso Gatlang a 2.200 metros, hasta el campo base del Paldor a 4.800, fue toda una experiencia: El paso desde Somdabg por el duro Chukudanda Pass, la subida a la mina abandonada de Lari Mine a 4200 metros y las vistas del Paldor desde su campo base, merecen por si mismas un viaje a Nepal.



Desde mi vivac improvisado en Lari Mine, a más de 4.000 metros, pude contemplar un amanecer como nunca antes lo había visto. Con un pequeño movimiento de cabeza desde el interior de mi saco, pude comprobar como la inmensa montaña que me rodeaba iba apareciendo ante mí inmensa y sobrecogedora. Como los primeros rayos del día me descubrieron un espectáculo grandioso de roca y nieve.

Desde la mina, al día siguiente, subimos al campo base del Paldor a 4.800 metros.

La montaña es como un animal grande y dormido. Te deja acercarte hasta que despierta. Una tormenta nos hizo abandonar el campo base y volver a la mina, pero allí ya no quedaba nada de ese lugar tranquilo y pacífico de la noche anterior. La ventisca y la nieve lo convirtieron en un lugar inhóspito, incluso dentro de las antiguas casetas de piedra donde instalamos la tienda. Nunca antes había visto nevar dentro de una casa.

Así pasó la primera semana, sin noticias todavía de los chavales de Gatlang, del maravilloso Goljung, pueblo natal de Meena, y del olvidado y dramático Syu.

Gatlang me recibe con la sonrisa de decenas de niños que me rodean sin descanso mientras les hago fotos y más fotos. Ropas y caras sucias; sonrisas y miradas limpias, cristalinas. Mil rostros, mil fotos y mil historias, pero solo un presente, tan distinto al nuestro que duele solo con recordarlo.



Desde Gatlang, caminamos distintos pueblos disfrutando de las mismas sonrisas y las mismas miradas agradecidas. Era el mismo presente en distintas fotos.

Cuando ya estás convencido de que la suerte se ha olvidado de los chavales de estos lugares, y de que la justicia, divina o no, ha dejado de lado estos pueblos y a quien los habita, te das cuenta de que hasta la mala suerte es relativa.

Syu, a dos horas caminando del lugar civilizado más cercano, te golpea de lleno nada más divisar sus pequeñas y destartaladas casas desde lo alto.

En la falda de un seco y polvoriento collado, sin luz ni esperanza, no más de 10 casas alejadas entre sí, parece que hasta por vergüenza de mirarse unas a otras, hacen equilibrios por no derrumbarse sepultando la miseria que cobijan.

Familias rotas compartiendo un pequeño espacio con los animales de los que se alimentan. Montones de piedras y láminas de uralita formando algo parecido a cuatro paredes y un tejado, por los que el viento, el frío y la lluvia, deben campar a sus anchas en los monzones, y en los que viven familias de seis, siete o más personas.

En Syu no le puedes robar una sonrisa a un niño a cambio de lápices de colores o de una pieza de plastilina. En Syu los niños no te rodean y te hacen bromas mientras les haces fotos. Allí, en Syu, los niños han olvidado para qué demonio servía sonreír.

Familias sin madres, que trabajan en Malasia por un sueldo mísero, familias rotas por la desgracia de niños que no han querido aguantar más, familias lisiadas por enfermedades absurdas que un médico nunca curó, porque simplemente no hay un médico cerca que pudiera hacerlo. Familias aisladas y sucias que te dan el único huevo duro que les queda para comer, con un gesto de agradecimiento y una sonrisa de inmensa pena en sus caras morenas y renegridas. Esas son las familias de Syu. Los chavales de los pueblos de esa zona olvidada y emocionante de Nepal, cera del espiritual Tíbet, y al lado de los gigantes de roca y nieve del Himalaya.

Estas son las sonrisas que Alfonso me enseñó y los rostros de los que no me podré separar nunca.

Gracias Mariví y Meena por hacer de mi primera visita a Nepal algo único

Gracias Alfonso por hacer de la segunda una aventura imborrable, por ser el mejor compañero que alguien puede tener allá arriba, y por haberme convertido en un miembro más de vuestro GRAN PROYECTO, MALAGA EN NEPAL.

Espero volver muy pronto y coronar contigo nuestro querido Paldor.

Gracias Nepal!

Alberto Sancho  
Katmandú - abril 2.014

